Morazán y el pueblo josefino

El derrocamiento de Carrillo fué el penúltimo acto de la lucha intestina que empezó el 5 de abril de 1823 en Ochomogo, terminando virtualmente el 15 de septiembre de 1842 con la derrota y muerte de Morazán. Durante esos diecinueve años el rescoldo de la guerra civil mantuvo una latente amenaza de incendio como el que estalló en 1835. "El fatal espíritu de localismo", según confesión de don José María Alfaro hecha en su manifiesto del 17 de noviembre de 1842, era la causa de la discordia. Las ciudades de Cartago y Heredia, y desde la guerra de la Liga también la de Alajuela, no perdonaban a la de San José, su predominio político. Para aquellas tres ciudades fué por consiguiente un gran día de júbilo el de la caída de Carrillo, el hombre fuerte que personificaba la preponderancia de San José.

Villaseñor arrastró en su traición a los 400 josefinos que mandaba; pero estos hombres pronto se arrepintieron de su deslealtad obtenida por sorpresa y se mostraron tan adversos a Morazán como los mil a quienes arengó Carrillo el 12 de abril de 1842 en la plaza de armas de San José; y por lo que el dictador desposeído declara en su manifiesto del 15, fechado en Puntarenas, se adivina que en su determinación de no luchar influyó poderosamente la presencia de aquellos 400 josefinos en las filas del ejército invasor: "Salvé—dice—al pueblo que tan amigo y fiel me fué de ensangrentarse a sí mismo".

Es lo cierto que la hostilidad del departamento de San José contra Morazán fué tan evidente desde el primer día, que no se pudieron reunir entre los vecinos de su capital las firmas necesarias para cubrir una acta de adhesión al nuevo mandatario, como las que se apresuraron a enviarle las ciudades cabeceras de los otros cuatro departamentos que formaban entonces el Estado: Cartago, Alajuela, Heredia y Guanacaste. Hubo sin embargo algunos morazanistas en la ciudad de San José, casi todos personas distinguidas, pero en tan corto número que el acta de adhesión que hubiesen suscrito habría sido la mejor prueba de la impopularidad del general don Francisco Morazán en la capital de Costa Rica.

Entregado por completo como estaba a su designio de reconstruir la unión centroamericana, poco se cuidó Morazán al principio de la actitud hostil del pueblo josefino, así como tampoco de ningún otro asunto de carácter local, salvo de abolir las leyes dictadas por Carrillo, y esto por complacer a los enemigos de éste que le rodeaban, absteniéndose sin embargo de tocar la muy peligrosa cuestión de la capitalidad del Estado, a pesar del vehemente deseo que de ello tenían las ciudades vencidas en la guerra civil de 1835. Por otra parte se sentía fuerte y seguro con su ejército aguerrido, en medio de un pueblo que si bien le era adverso se encontraba inerme. Confiaba además en el apoyo que seguramente le darían, en caso necesario, los otros departamentos contra el de San José.

Morazán tenía gran interés en que los demás Estados de Centro América creyesen que el de Costa Rica, sindicado de ser el más opuesto al restablecimiento de la República federal, lo había recibido unánimemente con palmas y repiques

de campanas. Por esta razón le convenía evitar hasta donde era posible todo lo que pudiera dar motivo a que se pusiese en duda esta cacareada unanimidad. De aquí la tolerancia que mostró al iniciar su gobierno respecto a la oposición del pueblo josefino, creyendo que así se aplacaría; y a pesar de que tuvo denuncias de conspiraciones, les dió tan poca importancia como a las frecuentes riñas que ocurrían entre sus soldados y los vecinos de los barrios populares de la capital. Estaba convencido de que tan sólo se trataba de habladurías y vulgares incidentes callejeros, que no ofrecían ningún peligro verdadero y de que en realidad nadie se atrevería en Costa Rica a desenvainar una espada contra el general Morazán.

El asalto del cuartel de Heredia en la noche del 29 de mayo de 1842, audazmente realizado por milicianos josefinos para proveerse de armas y atacar a la guarnición forastera de la capital, le causó por lo tanto la más desagradable sorpresa y una cólera insensata; porque este hecho, para él inconcebible, venía a echar por tierra la esperanza que acariciaba de que los otros Estados de Centro América, o cuando menos algunos de ellos, seducidos por el ejemplo de Costa Rica, le abriesen también sus puertas sin necesidad de quebrantarlas. Era indudable que la noticia de haber empuñado las armas una parte del pueblo costarricense contra él, habría de causar profunda sensación en toda Centro América, desalentando a sus partidarios a la vez que envalentonaría a sus enemigos para rechazarlo a mano armada cuando se presentase. Morazán pudo haber persistido hábilmente en su política de tolerancia y disimulo para restar importancia a la intentona de Heredia; pero dejándose arrastrar por la soberbia y la cólera cometió el gravísimo error de dictar los decretos draconianos del 30 de mayo, que tuvieron gran resonancia en los demás Estados, como lo demuestra la proclama lanzada por el general Carrera en Guatemala con este motivo. Más tarde trató de enmendar su error, omitiendo esos decretos vergonzosos en la colección que su ministro Saravia presentó a la Asamblea constituyente. Enmienda bien inútil por cierto, ya que no sólo habían circulado profusamente en todo el país, sino que se obligó a los ciudadanos a fijarlos en las puertas de sus casas.

Después de haber fracasado la misión de paz que llevaron a Nicaragua el general don Nicolás Angulo y don Manuel Irungaray, y perdida ya toda esperanza de una solución favorable del problema creado por su regreso a Centro América, Morazán se persuadió de que no le quedaba más remedio que ir a la guerra y a la guerra se aprestó febrilmente, echando mano para ello de cuantos recursos podía extraer de un país tan pobre como lo era entonces Costa Rica, haciéndolo de manera despiadada, sin detenerse ni ante la exacción ni el despojo y ensañándose particularmente con los propietarios de San José; lo que tuvo por consecuencia que éstos se uniesen a la clase popular en su lucha sorda contra Morazán. De esta alianza entre los capitalistas y los proletarios josefinos nació la revolución del 11 de septiembre de 1842, provocada por la cruel tiranía de Morazán en las postrimerías de su gobierno, en que dictó medidas feroces contra los que huían de la recluta y también contra sus inocentes familias.

Desde antes de invadir a Costa Rica, Morazán había resuelto emprender su marcha sobre Nicaragua y los otros Estados en diciembre de 1842, sin duda para aprovechar la estación seca. Así se lo dijeron a Carrillo unos oficiales sud-

SECCION HISTORICA

americanos que se habían quedado en Caldera y fueron sus compañeros en el viaje de Puntarenas a Guayaquil. Después y con motivo de la penuria de dinero en que se encontraba, determinó Morazán adelantar la fecha de su marcha, y por último la precipitó a causa de los sangrientos sucesos del Guanacaste en el mes de agosto, que le produjeron otro arrebato de cólera ciega como el que motivó la emisión de los decretos de mayo. Se hizo entonces indispensable apresurar la recluta de las tropas costarricenses que debían sumarse al ejército forastero morazanista, recluta que había empezado ya en Alajuela, Cartago y Heredia; pero en San José no se había dado ningún paso al respecto. por ser evidente el peligro de armar a los soldados de este departamento tan adicto a Carrillo. Así se lo advertían constantemente a Morazán aquellos de sus amigos que conocían bien el país y en particular el general en jefe don Vicente Villaseñor, que tenía la mejor opinión de la valentía y virtudes militares de la tropa josefina, desde que en la guerra de 1835 había sido testigo de lo que esta tropa era capaz de hacer. El mismo, a la cabeza de 400 soldados de San José, había derrotado a 1,300 cartagineses. Pero ya no era posible seguir dando largas al asunto. Había llegado el momento de resolver la difícil situación en que se hallaba colocado el Gobierno; porque prescindir del reclutamiento en el departamento de San José equivalía a una confesión de debilidad y temor, además del riesgo que se correría dejando a retaguardia los mejores soldados del país, que seguramente no se cruzarían de brazos en ausencia del ejército expedicionario. Por otra parte, llevarlos a la guerra era otro peligro casi tan grave, puesto que podrían volver sus armas contra su jefe en la primera oportunidad. Morazán resolvió correr este último albur.

El 2 de septiembre decretó la formación de cuatro batallones de milicias, compuesto cada uno de cuatro compañías, debiendo mandar el de Cartago el general Máximo Cordero, el de Alajuela el general Trinidad Cabañas y el de Heredia el general Nicolás Angulo. En lo tocante al de San José, el decreto decía que cuando éste se reuniera sería nombrado su jefe. De este decreto se deduce que se consideraba dudosa la reunión del batallón josefino, como en efecto lo era. Tan sólo se pudieron juntar doscientos hombres que fueron acuartelados en el cabildo; pero por precaución no se les dieron armas. Don Félix Torcuato Hidalgo refiere en sus apuntamientos históricos, que el 9 de septiembre fué Morazán al cuartel de los josefinos y les preguntó:

—¿Cómo están ustedes, tristes o alegres?

—Estamos tristes—contestaron los soldados.

—¿Por qué motivo?

—Porque no tenemos armas.

Ofrecióles Morazán que se les darían, ordenando en efecto que los armasen, pero con fusiles inservibles. Cuando le refirió a Villaseñor lo ocurrido con los josefinos, éste exclamó llevándose las manos a la cabeza:

—¿Qué ha hecho usted? ¡Estamos perdidos!

—¿Por qué? Los fusiles que se les han dado están inútiles.

—¡Con ésos tienen!—replicó Villaseñor.

Los acontecimientos no tardaron en darle la razón al general en jefe. Cuarenta y ocho horas después, en la mañana del 11 de septiembre, los 200 jose-

finos sublevados salieron hacia Los Almacenes, donde estaba acuartelado el batallón de Cartago, para invitarlo a la defección; pero la tropa cartaginesa permaneció fiel a Morazán, combatiendo a su lado hasta que fué abandonada la plaza en la madrugada del 14.

Del batallón de Heredia tan sólo se pudo reunir una pequeña parte, porque los milicianos huyeron a los montes. El de Alajuela marchó completo el 12 de septiembre contra Morazán al mando de don Florentino Alfaro. De modo que la corta pero muy sangrienta guerra civil de 1842 la sostuvieron las tropas forasteras morazanistas y el batallón de Cartago contra fuerzas de San José y Alajuela. Hubo por lo tanto cierta analogía entre este conflicto y el de 1823. En ambos el resultado fué favorable para San José. Esta ciudad conquistó el rango de capital del Estado en el primero con el auxilio de Alajuela, lo mantuvo sola contra el resto del país en 1835, y por último lo aseguró definitivamente en 1842, también con la ayuda de Alajuela, aunque esta vez involuntaria.

De la derrota y muerte de Morazón data la extinción paulatina y hoy completa del fatal espíritu de localismo, que por tres veces ensangrentó a Costa Rica en luchas fratricidas.

R. Fernández Guardia

Don Alejandro Cardona y Llorens

Nació en Ciudadela de Menorca, Islas Baleares, el 21 de enero de 1827, en la noble casa Cardona y Llorens, fundada por D. Antonio Cardona y Doña María Llorens, descendiente el primero de Don Juan de Cardona, famoso en su tierra por su ilustración y cultura, muy vastas para su época. (Don Juan de Cardona hablaba y escribía correctamente siete idiomas. Ocupó en tiempo de la dominación británica los altos cargos de intérprete militar, Comandante de la Plaza y Gobernador de la isla. Su retrato, pintado al óleo por un célebre pintor inglés, se conserva en la Sala del Ayuntamiento Principal de Menorca).

Desde muy niño, Alejandro mostró gran espíritu artístico y vocación por la música, lo que sus padres supieron cultivar proporcionándole cuantos medios tuvieron a su alcance, y mientras los tuvieron, logrando que recibiera lecciones del gran maestro Roselló. Aprendió a tocar varios instrumentos, pero sobresalió notablemente en la guitarra. Mostró también desde muy temprano un carácter inquieto y aventurero; pasaba largas horas contemplando el mar y manifestaba constantemente deseos de conocer los otros mundos que se encontraban allende aquel mar que tanta amplitud dió a su espíritu y que tenía siempre ante sus ojos. Su pasatiempo favorito consistía en jugar de representaciones, en "hacer ópera"—como él decía—; y habiéndose improvisado un pequeño teatro en su casa, en el que empleaba cuantas cortinas y mantas, cajones y maderas dejaban a su alcance, invitaba a sus amigos a las "funciones de gala" en las que solamente el pequeño